to nada tan hermoso como Flamarande, y que no quería que se privasen por ella de ninguna diversión, añadiendo que se encontraría muy bien un día en aquella soledad.

Se ordenó á Ambrosio Broyne, que era el guía que habíamos encontrado la víspera acompañando al Marqués de Salcedo, que hiciese todos los preparativos necesarios, y el joven prometió que á las seis de la mañana estaría todo dispuesto.

V.

Los señores fueron á acostarse temprano sobre la paja de la torrecilla, que la mujer de Michelin había cubierto de sábanas más blancas que la nieve, y donde los almohadones del coche sirvieron de almohadas.

El Marqués de Salcedo se había instalado en una de las torrecillas, quedando las camas del pabellón para los criados; y como estas camas eran más limpias y cómodas de lo que parecía á primera vista, pasamos probablemente mejor noche que nuestros amos; pero ellos siguieron su capricho, yendo á hacer buenas migas, según parece, con las ratas y los mochuelos del castillo de sus mayores.

Yo me preguntaba cómo se compondría Salcedo para no ir de caza con el Conde, pues era evidente á mis ojos que deseaba quedarse al lado de la señora. Así es que cuando después de una hora de caza le vi volver cojeando, no me sorprendí. Me dijo que había tropezado contra una roca, hiriéndose en un pie, y que no podía continuar. Luego me rogó le diese un poco de agua mezclada con aguardiente, y yo me ofrecí á curarle, lo que aceptó con gusto, como si hubiera deseado hacer constar la realidad de aquella herida, que era en efecto cruel.

La piel de la bota estaba cortada por encima, y el dedo pequeño casi aplastado. Yo me preguntaba cómo un caminante tan fuerte y experto había podido lastimarse de tal suerte, y cómo una piedra había podido cortar el calzado lo mismo que un hacha, cuando mis ojos se fijaron en un martillo de geólogo que el Marqués de Salcedo guardaba maquinalmente en su morral de caza. Este fué un rayo de luz: al mismo tiempo nuestras miradas se encontraron, y Salcedo enrojeció como un hombre que se ve cogido. El pobre joven había mentido, pero no sabía fingir.

Adquirí por completo la convicción de que el Marqués se había herido heroicamente con aque-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
APDO. 1625 MONTERREY, MEXICO

lla herramienta, y resolví ponerme en guardia.

Nadie me había mandado vigilar á la Condesa, ni dar cuenta de sus acciones; pero yo pensé que mi deber era guardar, hasta donde alcanzaran mis fuerzas, el honor de mi amo.

Los primeros amores, con su candidez tímida, son capaces de desbaratar las más razonadas previsiones.

La señora dormía aún á las nueve de la mañana cuando volvió el Marqués de Salcedo; y cuando se levantó y supo la ocurrencia, mandó un criado en busca del herido, á quien no se encontró por ninguna parte.

Entonces fuí yo á buscarle, y le encontré al pie de la roca bañando su pie herido en el agua corriente.

O se había hecho más daño del que pensaba, ó quería curar pronto para no aparecer ridículo cojeando, porque le encontré muy pálido, y cuando le expuse respetuosamente el interés que su herida me inspiraba, me confesó que sufría mucho.

Desde que supo que la señora Condesa estaba inquieta por él, se apresuró á añadir que aquella agua fresca le hacía mucho bien, y poco después se volvió á poner su calzado y empezó á subir hacia el castillo, ayudado por mí. Debía sufrir mucho, pues su mano, que yo tenía entre las mías para que se apoyase, estaba cubierta de frío sudor.

Creí que iba á presentarse en seguida á la Condesa, pero no fué así. Supo que estaba almorzando; y no juzgando conveniente tomar el desayuno con ella, se alejó del pabellón.

Por un momento pensé que habiendo tenido el valor de herirse por la Condesa, no tendría quizá el de presentarse á ella; pero la Condesa debió buscarle y le encontró en el jardín, es decir, en lo que antes había sido jardín del castillo y era ahora una explanada plantada de grandes árboles, en la que se veían las ruinas de una terraza y algunas escaleras de la piedra del país. Un banco de esta misma piedra existía aún en aquella explanada, donde todo vestigio del trabajo humano había desaparecido.

La Condesa se sentó en aquel banco al lado de Salcedo, que se había levantado, y á quien ella obligó á volverse á sentar.

Las vacas y las cabras pacían á su alrededor sobre la fresca hierba y las plantas silvestres.

Desde la cocina, sitio que elegí para almorzar, podía ver perfectamente á aquella linda pareja sin perder ninguno de sus movimientos; pero no po-

día percibir sus miradas ni escuchar sus palabras, juzgando solamente de sus actitudes, que eran las de las personas que tienen demasiado mundo para demostrar sus emociones.

VI.

Aquella conversación duró mucho tiempo, y debió ser muy agradable; pero Salcedo no dejó traslucir su pasión, pues la Condesa le dijo, elevando la voz, que no quería pasearse y que iba á buscar su labor.

Pude oir estas palabras distintamente:

—Esperadme ahí. No quiero que os mováis; volveré dentro de un momento.

La ví partir con ligereza, y me deslicé por los incultos matorrales que se habían formado en aquella explanada, para poder oir su conversación.

Conseguí colocarme bastante bien para ver la fisonomía de Salcedo.

Durante aquellos minutos de espera tuvo el joven los ojos fijos en el sitio que había dejado la Condesa, y hubiera podido decirse que era una estatua. Tenía la boca entreabierta, las ventanas de

las narices dilatadas y una mano sobre el pecho, como si hubiese querido contener los latidos de su corazón.

Cuando la Condesa volvió, Salcedo dejó caer su mano, se levantó y pareció respirar.

La joven le gritó al verle en pie:

—¡Sentaos!

Y corrió á sentarse á su lado, desdoblando la labor.

Yo los veía entonces perfectamente y podía oir sus palabras.

La Condesa hablaba de reconstruir el castillo, á fin de pasar en él los veranos, pues prefería aquel sitio salvaje á las otras dos posesiones que tenía el Conde: la una en Orleans, á orillas del Loire, y la otra en Normandía, junto al mar; ambas eran magníficas; pero la joven decía que prefería los pequeños lagos y los murmuradores torrentes de aquel castillo; además le parecía más digno vivir en Flamarande por llevar este mismo nombre.

El Marqués no abundaba en las mismas ideas; pensaba que el Conde no se decidiría jamás á vender su quinta de Normandía, donde había sido educado, ni la de orillas del Loire, donde habían muerto sus padres. Conocía la cifra de la fortuna del Conde de Flamarande, de la que la Condesa

no se ocupaba para nada, como una niña que era. Salcedo añadía que para reedificar Flamarande se necesitaba más de un millón, incluyendo el gasto de hacer un camino practicable hasta allí, y era ésta una gruesa suma ante la cual habían retrocedido los padres y los abuelos del Conde, quienes, como gentes del gran mundo, habían encontrado el país demasiado triste, las comunicaciones demasiado difíciles, y los gastos que había que hacer demasiado considerables.

Flamarande había sido abandonado desde hacía más de un siglo, y era, pues, empresa muy difícil y costosa reedificarle.

La Condesa pareció rendirse á estas razones, que yo por mi parte encontraba excelentes, pues la idea de ir á habitar á tal destierro no me era muy lisonjera. ¡Cuán lejos estaba entonces de pensar que vendría á él á pasar el resto de mis días!

Cuando ví que su conversación no tenía nada de particular y era por demás inocente, me retiré sin hacer ruido.

La Condesa estuvo haciendo compañía al herido y no visitó los alrededores como había proyectado.

El Conde volvió al anochecer, extenuado de fatiga y sin haber conseguido cazar una sola pieza.

La caza en semejante país era muy difícil para un hombre como él, que no era nada fuerte.

Estuvo muy abatido durante la cena; pero no me pareció que diese la más pequeña señal de celos.

Cuando le estaba arreglando sus útiles de tocador en la habitación que ocupaba en la torrecilla, me preguntó si la herida del Marqués era cosa de consideración.

Yo le respondí que por la mañana le había visto el pie, y que, en efecto, debía hacerle sufrir mucho. Creí que iba á preguntarme si era un accidente casual; pero sin duda no pasó por su imaginación semejante cosa, y yo no me atreví á decir nada.

A la mañana siguiente emprendimos de nuevo la marcha.

El Marqués de Salcedo insistió en que tomásemos el camino de la montaña para ir á Montesparre, que sólo dista cinco leguas por esta ruta, mientras que por la carretera era preciso andar diez.

El hombre que conducía la calesa nos dijo que si queríamos echar pie á tierra en los sitios más peligrosos, él se encargaba de llegar mucho antes que por la carretera.

La Condesa dijo que prefería seguir ésta, pues si no, el Marqués de Salcedo tendría que ir á pie muchos ratos, y esto podría ser peligroso para su herida.

—Y en otros términos—la dijo su marido—que la travesía os da miedo.

—Pues bien, sí—contestó ella—lo confieso. Si el camino de que habláis es tan malo como el que hemos atravesado para llegar hasta Flamarande..... sí, me dará mucho miedo; pero haré lo que queráis.

La Condesa sabía muy bien que esta sumisión era una orden para su marido.

El Conde de Flamarande ordenó que fuésemos á buscar el camino que habíamos seguido la víspera, y con gran placer volví á tomar asiento en nuestro cómodo carruaje, siguiendo la carretera de Montesparre.

VII.

Montesparre está situado en las cercanías de Aurillac, en un país sonriente, adonde llegamos á la hora de comer.

El castillo era una construcción del siglo anterior, flanqueada por dos cuerpos de bastante mal gusto construídos posteriormente.

La Baronesa de Montesparre era una viudita de veintidós años, hermosa, amable y buena, medianamente acomodada y no romántica como la Condesa Rolanda que gustaba de torreones y precipicios; había heredado aquel castillo, adonde iba á pasar todos los veranos, ocupándose de sus negocios y del cuidado de su hijo único, que tenía en la época á que nos referimos cinco años. Era amiga de divertirse, y queriendo alojar á todos los huéspedes que solían visitarla, había agrandado el castillo, pero sin ningún lujo. Todo era sencillo y confortable, y el jardín hermoso y bien cuidado.

Mis señores fueron recibidos con los brazos abiertos, pues la Baronesa parecía amar tiernamente á mi señora. Se instaló á mis amos en el piso bajo, donde se pusieron á su disposición tres habitaciones: un saloncito, una alcoba y un gran cuarto de tocador. Cada una de estas piezas tenía una ventana que daba al jardinillo que quedaba en medio de los dos cuerpos salientes últimamente construídos.

Era dicho jardinillo un parterre recientemente plantado, aunque de arbustos ya bastante crecidos para impedir que desde las ventanas de cualquiera

de los dos pabellones pudiera distinguirse lo que pasaba en el otro.

El Marqués de Salcedo fué alojado en la parte antigua del castillo, es decir, en el centro de la herradura que venían á formar los tres cuerpos.

A los criados nos destinaron las habitaciones del último piso.

Yo ocupé una precisamente encima del departamento en que habían sido instalados mis amos.

Pido al lector me dispense estos detalles, absolutamente necesarios á la historia que me tomo el trabajo de escribir.

Mi amo no se había encontrado dispuesto á ocuparse de negocios durante nuestra excursión á Flamarande, encargándome á mí que me ocupase de todo mientras él iba de caza, y tuve que aprovechar mucho el tiempo para en una sola tarde formarme idea del valor y del rendimiento de la finca, que consistía en unos tres mil francos anuales, que era una cantidad bien insignificante para el Conde, que desde hacía tres años no percibía la renta. Mi señor me había mandado aumentar ésta si, después de examinados los libros, encontraba que el alquiler de la finca no estaba en relación con su valor.

Michelin me había parecido un hombre honradísimo que quería obedecer en todo á la lealtad hereditaria de los Flamarande. No tuvo, pues, ninguna dificultad en confiarme sus libros, que llevé conmigo á Montesparre, donde tendría ocasión de examinarlos.

Esto me llevó mucho tiempo, pues aunque los libros de Michelin contenían hasta los más minuciosos apuntes, carecían absolutamente de método, y tuve que ordenar sus partidas para poder enterarme. También tuve que informarme del valor de los productos del país; de modo que pasé un mes en Montesparre embebido en aquel trabajo y sin saber casi nada de lo que pasaba en el castillo.

Así estuve retirado en mi habitación trabajando con ardor, hasta que informado ya de cuanto necesitaba saber, juzgué conveniente decir á mi amo que Michelin pagaba una renta conveniente y poco susceptible de aumento, pues el país no producía más que hierba, y todo el beneficio estaba fundado en el pasto de animales.

—Está muy bien, Carlos—me respondió el Conde.—Volved á Flamarande y renovad mi contrato con Michelin en las mismas condiciones que antes.

Quise ir á Flamarande por el atajo, y como me

aconsejaron que no fuese sin un guía, tomé uno, que fué el mismo Ambrosio Broue, especie de cazador furtivo que de cuando en cuando llevaba algunas plantas al Marqués de Salcedo.

Hice bien en tomar esta previsión, pues el sendero bordeaba un precipicio espantoso y más de una vez me ví atacado del vértigo; pero estaba resuelto á acostumbrarme á todo, y como tenía buena memoria y recordaba el camino, una vez terminados mis negocios con Michelin volví solo á Montesparre, empezando entonces á encontrar muy hermoso y muy interesante aquel país, que al principio me había llenado de terror.

Estos detalles no tienen ningún interés para el lector, convengo en ello; pero es necesario que se sepa por qué la novela comenzada á mis ojos entre la Condesa de Flamarande y el Marqués de Salcedo ofreció una interrupción importante á mis observaciones.

Cuando me encontré libre y dueño de mis actos, seguí haciendo mis observaciones.

El hermoso Marqués había ya curado de su herida y podía correr como un gamo y montar á caballo como un centauro.

El señor Conde estaba muy molestado por una enfermedad crónica que entonces no tenía importancia, pero á la cual debía sucumbir. Se había fatigado mucho en Flamarande el día de la caza, y se resentía aún, viéndose obligado á quedarse en casa casi siempre jugando al billar con un antiguo amigo de la casa que perdía la mayor parte de las veces; después leía ó me dictaba algunas cartas y echaba la siesta al mediodía.

Durante este tiempo la Condesa de Flamarande corría á caballo y en coche con su amiga la de Montesparre y cinco ó seis personas de su intimidad, entre las cuales ocupaba el primer puesto el Marqués de Salcedo.

Las gentes de la casa aseguraban que la Baronesa demostraba una preferencia evidente por el joven Marqués, y todas hacían votos por que éste sucediera al viejo Barón de Montesparre, cuya muerte no había sentido nadie.

Es cierto que aquel amable Marqués era más joven que su amiga la Baronesa; ¡pero era tan formal, tan estudioso y tan dulce! Parecía adorar al *Angelito* de Montesparre, «el señorito Angel», como le llamaban en la casa, y había de ser para él un excelente padre. La Baronesa no era tan rica, es cierto, como el Marqués; ¿pero qué importaba si se querían?

En conclusión, todo el mundo creía que se ama-

ban, todo el mundo, excepto vuestro servidor.

VIII.

El señor Conde lo creía también, ó fingía creerlo.

Una noche que le ayudaba yo á desnudarse mientras que su mujer se había quedado en el salón de baile, me dirigió de pronto y con indiferencia una pregunta muy directa.

—Carlos—me dijo—creo que seguiréis recogiendo los comentarios de los criados, como me prometisteis. ¿Qué se dice del matrimonio proyectado entre la dueña de la casa y mi joven amigo Alfonso?

Le conté todo lo que decían, y añadió:

—¿Y vos qué pensáis, Carlos?

—Yo pienso—respondí—que si ese matrimonio entrase en los proyectos del señor Marqués de Salcedo, el señor Conde lo sabría ya y no tendría necesidad de preguntármelo.

—Tenéis mucho talento, Carlos—replicó el Conde con acento irónico y despreciativo.—¡Buenas noches!

Ya me retiraba humillado y confuso, cuando me llamó.

—Esperad, quiero saber lo que dicen de mí en la casa.

Yo respondí con algún despecho:

—Amos y servidores dicen que el señor Conde tiene una mujer mucho más joven y más bella que la Baronesa de Montesparre.

Su pensamiento comprendió en seguida el alcance de mis palabras.

—Y añaden—dijo—que allí donde brilla Rolanda, nadie puede pensar en Berta. ¡Es natural! Gracias, Carlos; hasta mañana.

Una repentina tristeza había invadido su fisonomía. Su voz no tenía ya la aspereza de antes; estaba como sofocado.

Yo sentía remordimientos. Tal vez con mi estúpido despecho había clavado el aguijón de los celos en aquel corazón dispuesto á absorber el veneno.

No fué esa, sin embargo, mi intención, porque no soy un malvado; pero confieso que antes de dormirme hice un examen de conciencia muy doloroso. ¿Cómo debía conducirme en la delicada situación en que el Conde me había colocado? ¿Por qué me interrogaba, si había de ofenderse con mis respuestas? ¿Podía yo acaso ver más claro que él? Debía tener alguna sospecha, puesto que me pre-

guntaba: ¿querría hacerme representar el papel de denunciador, fingiendo tomar mis revelaciones por calumnias?

Resolví enterarme bien y espiar más que nunca, para estar armado en caso de un nuevo ataque.

Me propuse observar con gran arte, encontrando mil pretextos oportunos para permanecer al lado de mis amos sin llamar la atención, componiendo también mi rostro de manera que pareciese el de un hombre impasible ó el de un necio que no comprende nada.

Al cabo de ocho días ya sabía yo á ciencia cierta que la Baronesa de Montesparre estaba perdidamente enamorada del Marqués de Salcedo y confiaba sus sentimientos á su amiga Rolanda. Ésta la disuadió de sus ilusiones diciendo que *Alfonso* era demasiado joven para casarse y demasiado sabio para amar. ¿Sabía que era preferida? Muy cándida debía ser si no lo sospechaba.

Logré sorprender alguna de sus conversaciones íntimas.

Un día la linda Berta dijo á la hermosa Rolanda:

—Parece que os burláis de mis sentimientos como si no los comprendierais. ¿No habéis amado nunca?

—Amo á mi marido—respondió la Condesa con sequedad.

—Las mujeres honradas aman siempre á sus maridos—replicó la Baronesa;—pero eso no impide tener ojos. Vos precisamente tenéis los más hermosos que he visto. Abridlos y decidme si Alfonso os parece indigno de mi afección.

—¡No por cierto! le creo el más caballero y digno de los hombres.....

—Y el más hermoso, instruído y generoso..... Vamos, querida niña, la verdad debe estar siempre en la boca de las que, como vos, son un modelo de candor y de pureza..... Si estuvierais en mi lugar, libre, enteramente libre para escoger, ¿no amaríais acaso á Salcedo?

Abrí cuanto pude mis oídos para escuchar la respuesta; pero fué dicha en tono tan bajo, que no pude oir nada.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

IX.

Un nuevo acontecimiento me puso aún en mejores condiciones de observación.

El ayuda de cámara que había en casa de la Baronesa de Montesparre, que hacía solo todo el

30720